

ALFREDO VERDOY, S.J. *

LOS MARTIROLOGIOS ESPAÑOLES DE LA GUERRA CIVIL. NUEVAS PERSPECTIVAS DE ESTUDIO

Fecha de recepción: marzo 2009.

Fecha de aceptación y versión final: abril 2009.

RESUMEN: Muchos de los martirologios de la Guerra Civil española fueron escritos con premura e improvisación, desde el bando vencedor, a veces por personas no del todo preparadas y de sensibilidad alejada de nuestros tiempos. Este hecho, y otras causas, han producido un olvido historiográfico de unos sucesos tan relevantes como dramáticos de la historia de España. Este artículo aboga por una recuperación de la memoria histórica de aquellos martirios, tanto de los sucesos concretos como de las causas de una violencia comparable, si no en número sí en crueldad, a los crímenes de los nazis contra el pueblo judío y otras minorías.

PALABRAS CLAVE: Guerra Civil española, mártires, violencia, república, anticlericalismo.

The Martyrologies of the Spanish Civil War: New Perspectives for Studying

ABSTRACT: Most of the martyrologies of the Spanish Civil War were written with urgency and improvisation, from the point of view of the winners, and, sometimes, by not too well prepared persons, with a sensibility distant from our times. This

* Profesor de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas; averdoy@teo.upcomillas.es

fact, among other reasons, has produced a historiographic oblivion of a so much important and dramatic events of the Spanish history. This article pleads for a recovering of the historical memory of those martyrdoms, both the concrete events as the causes of a violence which is comparable, not in number but in cruelty, to the crimes of the Nazis against the Jewish people and other minorities.

KEY WORDS: Spanish Civil War, martyrs, violence, Republic, anticlericalism.

¡España tierra de mártires! Esta era la dramática conclusión a la que el pueblo español llegaba al final del primer trimestre de nuestra Guerra Civil (1936-1939).

Sin que los autores que vienen estudiando últimamente el número de las víctimas lleguen a ponerse totalmente de acuerdo, todos ellos coinciden en que casi 7.000 consagrados, sacerdotes seculares, religiosos y religiosas, murieron violentamente por causa de la fe, por *odium fidei*¹.

Muy pronto, septiembre de 1936, la Iglesia, con el papa Pío XI (1922-1939) a la cabeza, tuvo conciencia de la magnitud y singularidad del sacrificio de tantos hijos de la Iglesia. En la alocución que el papa Ratti había dirigido en Roma a unos quinientos refugiados españoles, sugería, sin expresarlo con nitidez, que la Iglesia de España estaba sufriendo una verdadera persecución religiosa, que estaba pasando por «una grande tribulación». Las víctimas de dicha persecución religiosa, los que estaban dando violentamente su vida por el odio de sus verdugos a Cristo y a España, merecían el calificativo de mártires.

En esta misma línea, con muchos más datos y sobre todo con la proximidad que les daba la cercanía y el peligro, los obispos españoles en su *Carta Colectiva* (1 de julio de 1937), interpretaron la guerra de España como persecución religiosa y elevaron a las víctimas, se habla de 60.000, a la categoría de mártires. En este documento, clave para entender las características de los martirologios españoles posteriores, se establecie-

¹ ANTONIO MONTERO MORENO en su ya clásica *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, Madrid 1961, eleva el número de víctimas a 6.832: 4.184 sacerdotes, 2.365 religiosos y 283 religiosas. ÁNGEL D. MARTÍN RUBIO en *La cruz, el perdón y la gloria: persecución religiosa en España durante la II República y la Guerra Civil*, Madrid 2007, así como en un artículo anterior, *La persecución religiosa en España (1931-1939)*: *Hispania Sacra* 53 (2001) 63-98, rebaja muy mínimamente estas cifras. GREGORIO RODRÍGUEZ en *El hábito y la cruz. Religiosas asesinadas en la Guerra Civil española*, Madrid 2006, 88-98, ha elevado el número de religiosas asesinadas de 283 a 289.

ron los fundamentos teológicos y se marcaron los rumbos e índice de los martirologios españoles de la postguerra y de los muchos libros que sobre los mártires se han venido y vienen publicando en el presente².

Enrique Plá y Deniel, a la sazón obispo de Salamanca, se felicitaba en su Carta Pastoral *El triunfo de Dios y la Resurrección de España* (21 de mayo de 1939), que pocas semanas después de finalizada la guerra, los españoles contasen con tres cuidados y autorizados libros en los que, además de responder al por qué de la persecución religiosa en España, se recordaban y fijaban las virtudes, el celo, la sabiduría, la bondad, el amor a España y el sacrificio de los mejores hijos de la Iglesia y de la patria. Los trabajos del jesuita Teodoro Toni, *Por Ávila y Toledo. Iconoclastas y mártires*, Bilbao 1938; del magistral de Salamanca, Aniceto Castro Albarrán, *Este es el cortejo... Héroes y mártires de la Cruzada Española* (1938), y del presbítero catalán, colaborador en tiempos de la Segunda República del cardenal Vidal y Barraquer, Luis Carreras, *Grandeza de la España crisitiana. Notas sobre la persecución religiosa*, Toulouse 1938, marcaron el rumbo de la hagiografía martirial española.

A éstos sucedieron centenares. El innominado autor de *Los jesuitas en el Levante Rojo* (1936-1939), texto publicado en los años cuarenta, los calificaba de oportunistas, devotos y, en su tanto, anecdóticos. En opinión de su autor a *Los jesuitas en el Levante Rojo* no cabía, tampoco, considerarlo como una obra de historia, «basta contar, decía en la introducción, el número de páginas —269— para darse cuenta de que en ellas no cabe la historia de los dos centenares de jesuitas que hubieron de vivir en Cataluña y Valencia treinta meses tan densos que equivalen a años enteros». Añadía que ante acontecimientos tan luctuosos y graves había que «reflexionar mucho todavía»³.

Esto fue lo que, en nuestra opinión, hizo el por entonces director de la revista *Ecclesia*, Antonio Montero Moreno, autor de la *Historia de la persecución religiosa en España* (1936-1939), obra publicada por la Biblio-

² Sobre el tema pueden verse: ALFREDO VERDOY, «Los mártires de la Guerra Civil española en la historiografía y la hagiografía», ponencia presentada en el Congreso: *Clero e guerre spagnole: dalla guerra antinapoleonica alla guerra civile (1808-1939)*, Alessandria-Noví, 3-5 de diciembre de 2008, en prensa, y GIOVANNI MELLONI, «Martirio y santidad en el siglo XX», en R. MOROZZO DELLA ROCCA (ed.), *Oscar Romero. Un obispo entre guerra fría y revolución*, Madrid 2003, 243-263.

³ *Los jesuitas en el Levante rojo. Cataluña y Valencia, 1936-1939*, Barcelona, sin fecha, 4 y 5.

teca de Autores Cristianos de Madrid en el ya lejano 1961; reeditada tal cual en 1998. En el prólogo de esta obra, prólogo que sigue teniendo actualidad y valor, se calificaba a los casi doscientos libros de los que se sirvió su autor como libros de devoción, obras hagiográficas y testimonios ante los que sólo cabía guardar un respetuoso silencio y reconocer la grandeza de los mártires. Afirmaba Montero Moreno, que su condición de sacerdote le espoleó en una doble dirección: por una parte, redactar con el mejor estilo periodístico una obra que superara la repetición monocorde que se desprendía de las numerosas fichas; por otra, inquirir en lo posible y entrar en las entrañas y en la mente de los que ejecutaron sin aparente piedad y conmiseración a tantos cientos de consagrados; entrar, en definitiva, en el corazón de los «rojos». Su obra, tal como reconociera la crítica de entonces y ahora, marcó una época. En la actualidad sigue siendo no sólo un libro citado, sino leído, estudiado y hasta reproducido.

Los avatares biográficos del que poco después sería Monseñor Montero y el desierto del postconcilio, dejaron en barbecho la literatura martirial. Ésta, como gustan decir algunos estudiosos, se descongeló cuando el papa Juan Pablo II consideró llegado el momento no sólo de seguir estudiando la causa de los mártires, sino de proclamar beatos y santos a todos los que la Iglesia considerase dignos de tales títulos. Desde 1987 a 2007, 83 sacerdotes del clero secular han sido declarados beatos y uno santo; 711 religiosos beatos y diez santos, y 121 religiosas beatas. Los laicos por el momento tendrán que esperar. Hasta el presente no son muchos: la primera laica beatificada fue la ecuatoriana Narcisa de Jesús Martillo (25 de octubre de 1992); el segundo, éste canonizado, fue el gitano Cefirino Jiménez Malla (4 de mayo de 1997). Años más tarde, el 4 de marzo de 2001, fueron beatificados un grupo formado en su mayor parte por mujeres, 19 laicas más tres terciarias capuchinas de la Sagrada Familia, y hombres, 19, todos ellos miembros de la Acción Católica⁴.

Desde entonces hasta el presente, con muy distinta suerte y con muy escuálidos resultados, se ha venido escribiendo sobre los mártires españoles. Pese al cariño y admiración que los cristianos sentimos hacia nuestros antecesores mártires, éstos, como en octubre de 2007 reconocía el mismo Montero, «tuvieron la mala suerte de que los nacionales gana-

⁴ JORGE LÓPEZ TEULÓN, *Mártires españoles (1934-1939). Juan Pablo II: beatificaciones y canonizaciones*, Madrid 2007, 291p.

ran la guerra, por lo que no han podido beneficiarse de la simpatía natural que inspiran siempre los vencidos, y se les ha implicado, tan injusta como gratuitamente, en las inculpaciones vertidas, entonces y ahora, contra los responsables del bando vencedor», y un poco más adelante, «las animadversiones que han acumulado los cuarenta años posteriores del régimen de Franco se han retrovertido hacia sus orígenes, contaminando de belicismo y politización a los muertos inocentes de la persecución religiosa»⁵.

A estas opiniones que hacemos nuestras, debe sumarse un hecho historiográfico: en las grandes síntesis históricas sobre la contienda civil española, la guerra apenas si ha sido considerada desde una óptica religiosa y todavía menos desde una visión que eleve a categoría historiográfica la persecución religiosa. Basta leer, para confirmarlo, las grandes síntesis que sobre la guerra de España se han escrito estos últimos años. En ninguna se aborda la temática de los mártires y en las pocas que se estudia el factor religioso de la guerra, no se pasa de una mera consideración, sin profundizar en la persecución religiosa. Con todo, en nuestros días, también este punto, apreciamos una cierta revisión⁶. La violencia sufrida por el clero regular y secular, según el joven historiador José Luis Ledesma, debería ser estudiada dentro del marco general de la violencia sufrida en la retaguardia de la España republicana como una expresión común de dicha violencia y tal vez, aunque en este punto sus hipótesis no acaban de confirmarse del todo, como una particularidad de la misma.

Las consecuencias que para la literatura martirial ha supuesto este relativo olvido historiográfico no han podido ser peores. Por muy diversas razones, también por falta de previsión y por la improvisación que todo evento acarrea, la composición y redacción de los martirologios actuales les fue encomendada a personas no del todo preparadas y capacitadas. Los esquemas de autores tan alejados de nuestros tiempos y de nuestra sensibilidad como fueron Toni, Castro Albarrán, Carreras y hasta

⁵ ANTONIO MONTERO, «Ponencia» en M.^a ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ (ed.), *Mártires del siglo XX en España. Don y desafío. La Instrucción Sanctorum Mater*, Madrid 2008, 194.

⁶ BENOIT PELLISTRANDI, «La realidad social y antropológica del catolicismo y los orígenes religiosos de la Guerra Civil», en JAUME BURELL - PABLO PÉREZ LÓPEZ (eds.), *Católicos entre dos guerras. La historia religiosa de España en los años 20 y 30*, Madrid 2006, 125-140.

el mismo Plá y Deniel han vuelto a reverdecer. Amén de pequeños detalles y de una cierta inclinación y deseo, no compartidos por todos los autores, a la hora de incluir a los laicos entre las víctimas, poco más se ha hecho.

Seríamos injustos con los mártires y con los que se han atrevido a presentarnos sus vidas y sobre todo sus muertes si nos paráramos aquí y no reparásemos en las grandes dificultades que encierra, en general, la literatura martirial y muy particularmente la española⁷.

Nuestro objetivo no es otro que el de ofrecer a todos los interesados en la literatura e historia martirial, especialmente a los historiadores, una gavilla de «aproximaciones» que, bien estructuradas y ponderadas, nos ayuden a conseguir lo que hace años perseguía Montero: penetrar en las intenciones de los autores de tan macabros hechos y lograr «que nuestra sociedad asuma los crímenes de la persecución religiosa como parte de nuestra historia, como parte de la historia de la etapa republicana. No para desprestigiarla, sino para valorarla sin engaños ni lagunas. Para conseguir recuperar una memoria histórica de 360 grados»⁸.

La Iglesia española en las vísperas de las primeras beatificaciones (20 de febrero de 1986) consideraba por medio de un documento, *Constructores de la paz*, llegado el momento en el que «el conocimiento de la realidad» era «condición indispensable para que podamos superarla de verdad»; en este mismo documento, la por entonces jerarquía española reclamaba la ayuda de los «estudiosos de la historia y de la sociedad» para «conocer la verdad entera acerca de los precedentes, las causas, los contenidos y las consecuencias de aquel enfrentamiento». Muchos obispos, especialmente de las diócesis más castigadas por la persecución, pusieron, entonces, todos los medios a su alcance e intentaron crear un clima de reconciliación y perdón. Javier Oses, obispo entonces de Huesca, creía que el desarme de los corazones era el camino natural no sólo

⁷ ARNO J. MAYER, *Le Furies: Violence, vengeance, terreur aux temps de la révolution française et de la révolution russe*, Fayard, Paris 2002, p.22-24, 125-145 y 351-408; JEAN-CLEMENT MARTIN, *Violence et révolution. Essai sur la naissance d'un mythe national*, Paris 2006. Sobre el caso español, MARY VICENT, «The Spanish Civil War as a War of Religion» y «The Spanish Civil War as a Religious Conflict», en NOËL VALIS (ed.), *Teaching Representations of the Spanish Civil War*, The Modern Language Association of America, New York 2007, p.54-62.

⁸ JORDI ALBERDI, *El silenci de les campanes. De l'anticlericalisme del segle XIX a la persecució religiosa durant la guerra civil a Catalunya*, Barcelona 2007, 402.

para mantener y acrecentar la memoria de los muertos por la violencia, sino para crear de verdadera convivencia nacional, más allá de todo interés partidista⁹.

En la actualidad, muchos historiadores y estudiosos sociales nos sentimos invitados por nuestros obispos a llevar adelante esta misión. Después de años sin hacerlo queremos emprender este arduo trabajo. Un trabajo que excede con mucho los planteamientos eclesiásticos y que a la larga supondrá la participación, la inteligencia y el esfuerzo de muchos. Los grandes debates historiográficos no son obra ni de un genio ni de un titán. Los mártires españoles demandan, repetimos, los esfuerzos de muchos y la metodología y el saber de muchas disciplinas. La antropología cultural, la sociología, la teología espiritual, la hagiografía, la psicología social, el estudio de la prensa y hasta el siempre escurridizo mundo de la cultura popular deben estar presentes en este empeño.

Amén de estas disciplinas y de un muy bien logrado trabajo interdisciplinar, necesitamos incorporar a la literatura martirial los frutos del anticlericalismo, las reflexiones del proceso secularizador hispano, las peculiaridades tanto a nivel espiritual como material de la particular reacción de la Iglesia española y, por encima de todo, la gestación y la explosión del clima de violencia, causa última del cruento sacrificio de los denominados por la Iglesia católica mártires.

Poseemos verdaderas antologías de textos en las que los frailes, religiosos y sacerdotes, y en menor grado las religiosas y monjas, son elevados, para lo bueno y para lo malo, a la categoría de protagonistas. Muchos de los martirologios, en gran parte inexplorados, están saturados de referencias casi inéditas por las que se puede seguir el transcurrir y el buen y mal hacer de cientos y cientos de sacerdotes y religiosos. Rostros, expresiones, modos de proceder, formas de evangelizar y deseos de conquista espiritual y evangelización frente a acerbos críticas, acendradas desconfianzas, suspicacias sin límites, rencores eternos, cuentas nunca saldadas, envidias inmemorables, complejos de un signo y otro se adivinan en estos libros.

España, tierra dominada por un anticlericalismo muy particular, nacido en buena parte de una Iglesia, tarda a la hora de percibir los cambios

⁹ JAVIER OSÉS en el «Prólogo» al libro de DAMIÁN PEÑART PEÑART, *La Diócesis de Huesca y la Guerra de 1936*, Huesca 1992, 3-4 y 6.

sociales y todavía más lenta a la hora de renunciar a sus privilegios¹⁰, ha producido en las cuatro últimas décadas muy buenas síntesis sobre el particular, así como una serie de claves interpretativas sobre el singular anticlericalismo hispano¹¹. Un anticlericalismo al que podríamos describir, a la altura de la Segunda República, como una suerte de «subcultura» política, en el sentido que ofrecía un repertorio de conductas, símbolos, rituales, significados y definiciones históricamente articulados, aprendidos y permanente reformulados. José Luis Ledesma ha escrito que «el anticlericalismo era en la España de 1936 una de las identidades colectivas más nítidas y que mejor mostraban el potencial movilizador de esos esquemas culturales». Cuando en julio de 1936 los diques del orden se vinieron abajo, el anticlericalismo español pudo expresar, esta vez más violentamente que nunca, su particular modo de concebir lo que debería ser la nueva realidad española; una realidad que exigía la limpieza y erradicación no sólo de los símbolos religiosos del catolicismo español, sino la liquidación, siempre violenta, de los representantes de un clero, causante, en buena parte, del retraso cultural español frente al progreso secularizador de los nuevos tiempos y de una democracia social e igualitaria. Un aspecto no menor, que ayudará a comprender el anti-

¹⁰ WILLIAM J. CALLAHAN, «Los privilegios de la Iglesia bajo la Restauración, 1875-1921», en CAROLYN P. BOYD, *Religión y política en la España contemporánea*, Madrid 2007, 17-32.

¹¹ JOAN CONNELLY ULLMAN, *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socioeconómicas del anticlericalismo en España (1888-1912)*, Barcelona 1972, 549-613; DAVID GILMORE, *The People of the Plain: Class and Community in Lower Andalucía*, Nueva York 1980; RENÉ GIRARD, *El chivo expiatorio*, Barcelona 1986; JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO, «El anticlericalismo en el movimiento obrero», en GABRIEL JACKSON y otros, *Octubre 1934*, Madrid 1985, 283-300, y *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid 1990, 397-418; MANUEL DELGADO, *La ira sagrada. Anticlericalismo, iconoclastia y antiritualismo en la España contemporánea*, Barcelona 1992; DEMETRIO CASTRO ALFIL, «Cultura, política y cultura política en la violencia anticlerical», en RAFAEL CRUZ - MANUEL PÉREZ LEDESMA (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid 1997, 69-97, y *Palabras de fuego. El anticlericalismo republicano*: Journal of Spanish Cultural Studies 6, 2 (2005) 205-226; JULIO DE LA CUEVA, «El anticlericalismo en la II República y la Guerra Civil», en EMILIO LA PARRA - MANUEL SUÁREZ CORTINA (eds.), *El anticlericalismo español contemporáneo*, Madrid 1998, 211-301; MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ, *El anticlericalismo español en sus documentos*, Barcelona 1999, 160; MANUEL PÉREZ LEDESMA, *Studies on Anticlericalism in Contemporary Spain*: International Review of Social History 46 (2001) 227-255, y MANUEL ÁLVAREZ TARDÍO, *Anticlericalismo y libertad de conciencia. Poder y religión en la Segunda República española*, Madrid 2002.

clericalismo hispano, será el estudio de la formación que los seminaristas y sacerdotes, bastantes de ellos mártires, recibieron en los años de su formación¹².

Pero no basta con los estudios del anticlericalismo. La literatura martirial debe ir por su excepcionalidad al fondo de la cuestión y en su tanto adentrarse en las intenciones y en los sentimientos no sólo de las víctimas, sino de sus verdugos. Los protagonistas del martirologio español de este tiempo fueron al alimón los sacrificados y sus sacrificadores. Necesitamos, en consecuencia, conocer, fondear y sondear la mente y el corazón de un pueblo que lenta o no tan lentamente fue dejando de ser católico y un poco más tarde cristiano. Los escritores populares católicos, todos ellos dignos representantes de la apologética popular occidental, calificaron a cuantos habían perdido la fe con el despreciativo epíteto de los «*sin Dios*», al que poco después unirán el no menos hiriente de los «*sin patria*»¹³. Nos estamos refiriendo desde luego al fenómeno de la secularización, compañera inseparable del anticlericalismo. Sabemos que el incipiente y progresivo crecimiento de las ciudades españolas fue mitigando y apagando los gérmenes, vivencias y prácticas religiosas aprendidas y vividas en los campos. No debemos echar en saco roto el impacto que sobre las vivencias y prácticas religiosas de miles y miles de españoles tuvieron la lectura de la prensa diaria y semanal, especialmente la prensa popular obrera, anticlerical por definición y militancia. La proliferación de panfletos, textos, cartillas, antologías y canciones, inspiradas todas ellas en modelos de vida y en principios que sin dejar del todo de ser cristianos ofrecían nuevas maneras de comprender, asimilar y vivir la realidad, fueron alejando a muchas personas del común de los esquemas sociales y de las costumbres propiciadas y defendidas por la Iglesia. Nuevas formas de socialización, gracias a las cuales la Iglesia iba perdiendo sus prerrogativas sociales y su predominio en los llamados ritos de paso, fueron conformando una sociedad un tanto alejada de la práctica sacramental y del cumplimiento del decálogo y de los mandamientos de la santa madre Iglesia. Un cambiante mundo moderno, necesitado de respuestas novedosas y hasta urgentes para satisfacer a sus muchas demandas y angustias, no encon-

¹² VICENTE CÁRCEL ORTÍ, *Informe de la visita apostólica a los seminarios españoles en 1933-1934*, Salamanca 2006, 541.

¹³ CONSTANTINO BAYLE, S.J., *Sin Dios y contra Dios. La campaña de nuestros días*, Burgos 1938.

tró en las respuestas de la Iglesia lo que necesitaba para vivir en una época en permanente movimiento; el número de personas insatisfechas con las eternas respuestas a preguntas y cuestiones que la Iglesia ni de lejos se formulaba, crecía y hasta se expandía en los márgenes y en el interior de las ciudades. Muchas personas inteligentes, capaces de ir más allá de lo consabido y trillado, encontraron en la Iglesia otras maneras de pensar y vivir. Si todavía, pese al esfuerzo de la publicista católica, no conocemos del todo, si exceptuamos los valores fundamentales de los integristas, el modo de sentir y asentir de los cristianos de a pie, muchos menos conocemos la evolución, a menudo errática y siempre tormentosa, de los que se iban alejando expresamente de la Iglesia. El conocimiento y ponderación de esta nueva cultura, casi siempre hostigada por la Iglesia, nos permitirá entrar dentro de las entrañas de los que con el paso del tiempo no sólo se sentirán lejos de la Iglesia, sino, lo que fue mucho más trágico, llamados a combatir y aniquilar los signos y también a los representantes de la religión católica; calificada como caduca, improductiva y retrógrada. Llamada, en suma, a desaparecer.

Los graves sucesos y los miles de víctimas de nuestra Guerra Civil no se improvisaron ni fueron flor de un día. Predicadores ambulantes del anarquismo y del socialismo, viajeros impenitentes, trabajadores sin destino fijo, maestros de escuela, ex seminaristas y ex religiosos, hombres prácticos y decididos, sembraron España con la vitalidad y versatilidad de sus biografías no sólo de nuevas maneras de pensar, sino de formas concretas y prácticas de vivir con suma tranquilidad de conciencia frente al modo de vivir cristiano. Muy acertado nos ha parecido, entre otros, el análisis llevado a cabo por Alberti, auxiliado en este caso por los trabajos de Termes, en el que estudia el cambio operado en la localidad gerundense de Orriols. Concluye que el cambio operado en esta pequeña localidad tuvo mucho que ver con la actitud y la siembra de un paisano que vivía en ella, Gaspar. Emigrado a América, lector impenitente —hasta cuando iba en el carro llevaba un libro entre sus manos, en los que tal vez leyeran que la violencia era necesaria para cambiar el mundo—, soñador y a su modo activista, capaz de ir transformando la mentalidad y las actitudes de sus paisanos. En esta localidad fueron asesinados tres sacerdotes¹⁴.

No menos conveniente para llegar a entender el clima que se desató en el verano de 1936 sería estudiar la reacción, larga en el tiempo y no

¹⁴ JORDI ALBERTI, *El silenci de...* 285.

adecuada en los modos, emprendida por la Iglesia española frente a este creciente secularismo. La historiografía contemporánea denominó hace tiempo a esta capacidad de reacción de la Iglesia como movimiento católico. El movimiento católico español está en gran parte por estudiar¹⁵. El movimiento católico español se alió desde el principio con la derecha política, el orden, la tradición española y vaticana, la defensa de los tradicionales privilegios de la Iglesia, la reconquista de la masa popular española; logró crear una formidable red de instituciones pastorales, educativas y culturales que, además, de confirmar una cierta recuperación de la vitalidad religiosa y eclesial de lo hispano, sembró la alarma en las llamadas fuerzas secularizadoras, que una vez más veían cómo sus esfuerzos podrían resultar baldíos. Por otro lado, dentro del movimiento católico español, la Iglesia no supo o tal vez no quiso ver que la reconquista y consolidación de ciertos privilegios eclesialísticos, políticos y sociales la hacían odiosa y fácilmente atacable. A todo ello se sumaba una característica nacida de la misma naturaleza de la Iglesia: mientras que los que atacaban al ejército y a sus representantes eran sancionados y hasta reprimidos, los que iban contra la Iglesia y los eclesialísticos permanecían impunes y hasta eran alabados por parte de la prensa y de la opinión pública.

Aun cuando aparentemente nada tenga que ver con la reacción sufrida por la Iglesia occidental frente a los nuevos tiempos, a lo largo del último tercio del siglo XIX y hasta prácticamente las vísperas de la Guerra Civil, cundió en el seno de la Iglesia española, en éste como en otros puntos nada original, una cierta espiritualidad de signo reparador y más adelante martirial. La espiritualidad reparadora, dependiente de la espiritualidad francesa, vivida al modo de las visitandinas de San Francisco de Sales y sobre todo al modo marcado e impuesto por las devotas prácticas del Sagrado Corazón, fue orientando la sensibilidad católica hacia la multiplicación, a veces hasta el infinito, de actos de amor reparador, que con el paso del tiempo alimentaron una espiritualidad martirial¹⁶. En los primeros años del siglo XX no sólo soñaban con la inmolación sangrienta de sus vidas los religiosos y religiosas, los sacerdotes y seminaristas, también muchos cristianos de a pie vivían su existencia con una clara

¹⁵ FELICIANO MONTERO, *El movimiento católico en España*, Madrid 1993, 96.

¹⁶ J. F. GALLINIER-PALLEROLA, *La Resignation dans la culture catholique (1870-1945)*, Paris 2007, 508.

vocación reparadora y con una especial inclinación, si éste venía, al martirio. En suma, el sufrimiento reparador por los pecados del mundo y de la sociedad, el derramamiento de sangre por Cristo y la corona del martirio entraban en los cálculos de muchos cristianos de a pie. Era algo que se vivía, algo que se pedía a Dios como gracia. Las numerosas beatificaciones y canonizaciones de mártires, misioneros, héroes y heroínas católicos llevadas a cabo durante el pontificado de Pío XI, sin duda sostuvieron y animaron a muchos hacia el martirio.

Otro factor que debe ser tenido muy en cuenta es el de la contundencia con la que la Iglesia defendió sus privilegios y su manera de estar y proceder en la sociedad contemporánea española. Estamos en este punto muy necesitados de conocer no sólo la peculiar retórica eclesiástica en la que, utilizando la paradoja y un cierto maniqueísmo, llegaban a la conclusión que el que no militase en el campo eclesiástico y todo lo que no estuviese en consonancia con las verdades y las tradiciones católicas, era no sólo malo y deleznable, sino objeto de reprobación y, en el nombre de Dios, de condenación eterna¹⁷. El estamento clerical, tal como reconociera entre nosotros Pérez Garzón, puede ser considerado como uno de los pilares del anticlericalismo y como uno de los núcleos generadores de división, enfrentamiento y violencia¹⁸. Nos urge, por ejemplo, estudiar y ponderar la constante repetición y publicación en la prensa católica, y más concretamente en los boletines eclesiásticos, de una serie de recursos administrativos, primero, interpuestos con las más diversas instituciones del Estado y, más tarde, ganados y reproducidos hasta la saciedad en la prensa católica. Próximo a cuanto estamos diciendo, resultaría muy conveniente y altamente ilustrativo estudiar la génesis de la inquina y hasta el odio que seminaristas, jóvenes religiosos y sobre todo *Los Luises*, las juventudes de las Congregaciones Marianas dirigidas por los jesuitas, padecieron a lo largo de este tiempo. Pese a que el imaginario popular español ha calificado como buena y regalada la vida de los sacerdotes y párrocos españoles, la más autorizada historiografía nos está demostrando que ser sacerdote en la España de la Restauración resultaba, cuando menos, muy esforzado y frustrante. Formar

¹⁷ Un ejemplo de cuanto decimos puede verse en BENOIT PELLESTRANDI, «Los obispos españoles y la memoria histórica o la defensa de la catolicidad en España (circa 1890-circa 1910)», en CAROLYNE P. BOYD, *Religión y política...*, 231-247.

¹⁸ SISINIO PÉREZ GARZÓN, *Curas y liberales en la revolución burguesa: Ayer 27* (1997) 67-100.

parte de los Luises, no nos engañemos, revestía muchas ventajas, pero quizás ya en este tiempo tenía grandes inconvenientes. Militar en la renacida Acción Católica podía resultar hasta peligroso.

Todos estos factores, por mucho peso que hayan tenido y puedan tener a la hora de comprender y valorar el elevado número de víctimas del primer semestre de la Guerra Civil, son como una sombra frente a la fuerza y la luminaria de la violencia desatada tras el 17 de julio de 1936. La violencia que reventó hasta el paroxismo en el verano de 1936, se fue gestando no sólo durante los años de la República, sino mucho antes. Venía de muy atrás. Este factor nos parece clave. Sin su estudio y consideración nunca podremos llegar a conocer la razón y sinrazón de tanta destrucción, odio y muerte.

Su gestación, repetimos, fue lenta. A ella contribuyeron tanto las derechas como las izquierdas. Antonio García Quintana, alcalde de Valladolid durante la República, en carta personal a una de sus hermanas, le confesaba que la lucha por la igualdad social, la conquista de nuevos derechos por parte de los representantes de los partidos obreros y anarquistas, así como el miedo a perder sus privilegios por parte de los pudientes, exacerbó durante los años diez y veinte del siglo pasado los ánimos de unos y otros, hasta el punto que la paz, la reconciliación, el perdón y el olvido de las afrentas, no sólo perdieron su significado religioso, sino que quedaron al margen de todo humanismo, ya fuese éste cristiano o no:

«La cabeza de González Peña y la de muchos más ha sido pedida, unánimemente, por todas esas buenas gentes que se suponen cristianas, que las han enseñado a llamarse cristianas, pero que no acertaron a asimilarse uno solo de los sentimientos que califican el cristianismo. Aquí, el día de la crisis, se echaron a la calle los señoritos pidiendo a gritos, con vileza entristecedora, que se llevasen a cabo las ejecuciones de los condenados a muerte. Los hijos de los cocheros de esos señoritos, más nobles, no harían semejante cosa. Está visto que la ruindad se la han acaparado las gentes bien vestidas. No tienen un solo gesto de generosidad. Ni generosidad ni siquiera comprensión. Su conducta, a la larga, les será, funesta. No sé a dónde iremos a parar con esta extensa sementera de odios. Me aterro un tanto pensando en la cosecha espléndida que, no tardando, contemplaremos. La contemplaremos, claro está, si no somos sus víctimas, sus primeras víctimas. Pienso que los que ni podemos ser crueles con los adversarios, ni siquiera en legítima defensa, no tendremos otro quehacer que el de ser víctimas de unos y otros odios. Estaremos en medio de ambos. En fin, veremos.

Los tiempos son duros, y ha de hacerseles frente con la mejor de las enterezas»¹⁹.

Que nosotros sepamos tampoco se conoce más allá de los tópicos sobre la violencia del falangismo y del fascismo español, cómo fue reduciéndose y perdiendo cuerpo en la masa católica el perdón y la reconciliación cristianos frente a los otros. El que los católicos no estuvieran a la altura de su vocación, tal vez pueda atribuirse a la indiscriminada e impune violencia de los que creyéndose, quizá con la benevolencia de las autoridades competentes, fuera de toda ley, elevaron la violencia a la categoría de ley. En este sentido nos daría mucha luz, tal como ha hecho, entre otros, Ignacio Martín Jiménez en su libro *Hacia el paroxismo. Violencia política en la provincia de Valladolid (1917-1936)*, seguir la secuencia del incremento de la violencia tanto en el campo como en la ciudad, sin olvidarnos de rescatar y acompañar a los que por diversos motivos hicieron de la violencia para conseguir sus objetivos su arma política. Seamos más concretos. La Dictadura de Primo de Rivera no fue en el fondo muy beneficiosa ni para la Iglesia ni para sus intereses. La mayor parte de la alta y baja jerarquía eclesiástica, los más autorizados representantes del mundo de los religiosos, la prensa católica y muchas personas de orden vinculadas a la Iglesia, optaron, en aras de una purificación de las costumbres y de la moral, por un catolicismo en cierto modo turbulento y hostil con la libertad de los nuevos tiempos y con las aspiraciones de muchos españoles.

Mucho más urgente, con todo, nos parece el estudio de la violencia republicana. Convendrá estudiar su gestación, así como el pago que la Iglesia católica tuvo que soportar cuando el anticlericalismo español explotó en el verano de 1936. Por muchas diferencias que existan y por mucha distancia que pueda haber entre la violencia sin límites y plena de sutilezas, violencia industrial la llaman algunos, sufrida por el pueblo judío en los campos de concentración y la persecución y matanza de los clérigos españoles, se dan entre ellos no pocos parecidos. Considero que las investigaciones llevadas a cabo sobre el Holocausto, la violencia nazi y sobre el impacto que ésta tuvo en Occidente, debería ayudarnos a la hora de enfocar nuestros estudios, análisis e interpretaciones sobre los

¹⁹ IGNACIO MARTÍN JIMÉNEZ, *Hacia el paroxismo. Violencia política en la provincia de Valladolid (1917-1936)*, Valladolid 2008, 211.

mártires españoles²⁰. No son pocas, repetimos, las coincidencias entre estos dos grandes magnicidios. Señalaremos algunas. Los verdugos, es decir, los autores materiales de las muertes y ejecuciones, sentían, por muy distintos caminos, que cuando arrebataban la vida de sus víctimas, estaban cumpliendo con su deber; en el caso de los nazis, ayudaban a la supremacía de la raza aria; en el caso español, contribuían al advenimiento de una España nueva y a la instauración para siempre de un supuesto régimen de libertad e igualdad. En ambos casos, alemanes y españoles se sentían dueños de la vida y muerte de sus víctimas. Nada más grandioso para un hombre que sentirse dueño y señor de la vida presente y hasta futura de su prójimo; en ambos casos, el enemigo, el otro, el distinto, además de ser despreciado y vilipendiado, era condenado a muerte y más tarde ejecutado. Si nos alejamos de los verdugos y nos acercamos a los autores intelectuales del odio y de la muerte, comprobaremos que en ambos casos la impunidad, la confusión ente el Derecho privado y el Derecho público en beneficio propio, la impunidad a la hora de defender y justificar tan nefastos actos, la falta de conciencia y la sed de venganza redentora, estuvieron no sólo justificados, sino reconocidos como méritos sociales. Para unos y otros, lo único importante eran los fines, los medios nada importaban.

Si entramos, nunca lo podremos hacer del todo, en la intimidad más profunda de las víctimas, en las razones, no sabemos hasta qué grado asumidas, de su muerte, apreciamos en el caso español una convencida reafirmación de su fe cristiana y de su identidad nacional, y en el caso de los judíos, una manifiesta confesión de su pertenencia al pueblo elegido.

Las diferencias, con todo, entre estos dos magnicidios pueden resultar voluminosas. Los nazis, pese a que utilizaron, cual si se tratase de puros animales, todo cuanto pudieron sacar del cuerpo de sus víctimas, ocultaron en lo posible la muerte de millones de judíos. No querían dejar rastro alguno para la memoria. Los verdugos españoles actuaron de manera diametralmente opuesta: con la muerte de sacerdotes y cristianos, además de amedrentar a la entera población, daban a entender que ellos y sólo ellos eran los dueños del presente y mucho más del futuro. En el fondo, con metodologías distintas, ambos verdugos preten-

²⁰ Cf. REYES MATE, *Memoria de Auschwitz. Actualidad moral y política*, Trotta, Madrid 2003.

dían lo mismo: la construcción de un mundo nuevo, sin las antiguallas en el caso del nacionalsocialismo de los judíos, y en el caso español, sin los estorbos de la repugnante y odiada clerecía, entendida ésta en sentido lato, muy lato.

En este sentido nos parecen muy meritorios los trabajos que, entre otros, viene dedicando al estudio del tema de la violencia José Luis Ledesma. En un reciente artículo, *Delenda est Ecclesia. De la violencia anticlerical y la Guerra Civil de 1936*, ofrecido al Seminario de Historia de la Fundación Ortega y Gasset de Madrid, defiende la singularidad de la persecución sufrida por la Iglesia y el clero español durante toda la Guerra Civil; a su vez, propugna la necesidad de abordar con nuevos acercamientos dicho fenómeno. No bastan los enfoques descriptivos, ni tampoco la historia política tradicional, ni la antropología social. Lo que explica el sacrificio violento e impune de casi siete mil españoles a manos de españoles fue la doble «confluencia de un contexto de guerra civil total y el hecho de que el anticlericalismo español persistiera como subcultura política mayoritaria entre las fuerzas revolucionarias y republicanas». Para éstas el clero era el enemigo por antonomasia y la Iglesia católica española el obstáculo «social y político» con más peso a la hora de frenar e impedir la construcción de un nuevo orden nacional. Si a esta doble confluencia sumamos el vacío de poder originado con el alzamiento del 18 de julio de 1936, tal podamos llegar a saber la razón por la que miles de españoles murieron, según la Santa Madre Iglesia, como mártires²¹.

²¹ JOSÉ LUIS LEDESMA, *Delenda est Ecclesia. De la violencia anticlerical y la guerra civil de 1936*, texto informático, Seminario de Historia, Fundación José Ortega y Gasset (Madrid), 2009, 44-47. En este mismo sentido abunda el libro de IGNACIO MARTÍN JIMÉNEZ, *Hacia el paroxismo. Violencia política en la provincia de Valladolid, 1917-1936*, Valladolid 2008.